

No me digas que tú sabes la verdad

Delfina Careaga

Carlota pensó que su nombre no le correspondía. Recordó a una compañera del colegio a quien sí le iba bien el Carlota. Ella no tenía su cara alargada de viuda a los once años. Era distinta. Claro que no pretendía que todas las Carlotas fueran iguales; pero a ésa del colegio le quedaba el nombrecito y a ella, para nada. ¿Cómo deberé llamarme? se preguntó y el espejo sonrió enigmático en el verde de sus pupilas. Tal vez adentro de ella, en el fondo del reflejo de sus ojos, había una Carlota que sabía perfectamente cuál era su nombre.

Ya no se acordó de esto durante el resto del día. Por la noche tocó el piano: un nocturno, por supuesto. Nocturno debe ser un automóvil porque las noches de la ciudad se hacen con sombras de coches; y con árboles la noche de los campos, pensó.

Siguiendo al Chico de la Moto –al margen de Coppola–, la noche vuela pausada al otro lado de la ventana. Fue en ese instante, precisamente, cuando ella se supo de color morado. Así es que volvió sobre sus pasos hacia el espejo.

Carlota vivía con una docena de fantasmas. Sin molestarla hacían su muerte diaria por la casa. Ella había estado enamorada de uno, lo cual ocurrió hacía muchísimo tiempo. Desde entonces andaba en blanco. Por eso aquella noche quedó sorprendida cuando al mirarse en el espejo confirmó que se transformaba en morada.

Antes de acostarse se sentó sobre la cama. ¿Qué o quién me habrá llenado por dentro de este color? ¿y con qué?, se dijo. Hizo memoria: ¿Qué contactos tuve este día? Bueno, pues con el piano verde, con una paloma anaranjada, con dos que tres recuerdos cenizos, con una nostalgia carnosa y un tintero marfil; con un peine perfumado, una flor imaginada y otra amarilla que había brotado en la pared abajo del cuadro de una naturaleza muerta; también con daguerrotipos de cadáveres sepias y con una, con una sola y pal-

pitante foto de hombre dolorosamente vivo y cubierto por un enorme abrigo de pieles blancas. ¡No hallaba, pues, nada morado!

Ah, ¿y de lo que había comido? hasta ese momento se dio cuenta que ni siquiera desayunó un pedazo de sueño. No había probado alimento.

Se puso su bata transparente y dirigióse a la cocina por un dátíl. Si al menos hubiera probado las uvas, eso justificaría su actual color de vino. Pero hace mucho que no puedo comérmelas ni siquiera con los ojos, volvió a decirse.

La fruta seca estaba jugosa. Hum, masculló con los ojos ensimismados en las partículas juguetonas de la nada. De pronto allí advirtió un cabello. Sí, era un cabello grueso y totalmente plateado; tranquilo navegaba por la atmósfera sin rumbo fijo.

El caso se complicó: ella se convertía en una joven morada que miraba el primer cabello de plata precisamente en un momento determinado el cual podía haber sido de ayer, de hoy o de mañana.

–¿Mañana es igual a Nunca?

Pescó aquel brillante pelo y se lo puso atravesado sobre los ojos. De inmediato y fugazmente volvió a ver la fotografía del desconocido abrigado como un oso.

–¡He aquí la primera pista! –comentó en voz baja para que no la escucharan sus fantasmas–. Lo seguiré, a ver a dónde me conduce.

Tomó la foto. Aquel hombre era muy grande y robusto. Sonreía. Le gustó muchísimo.

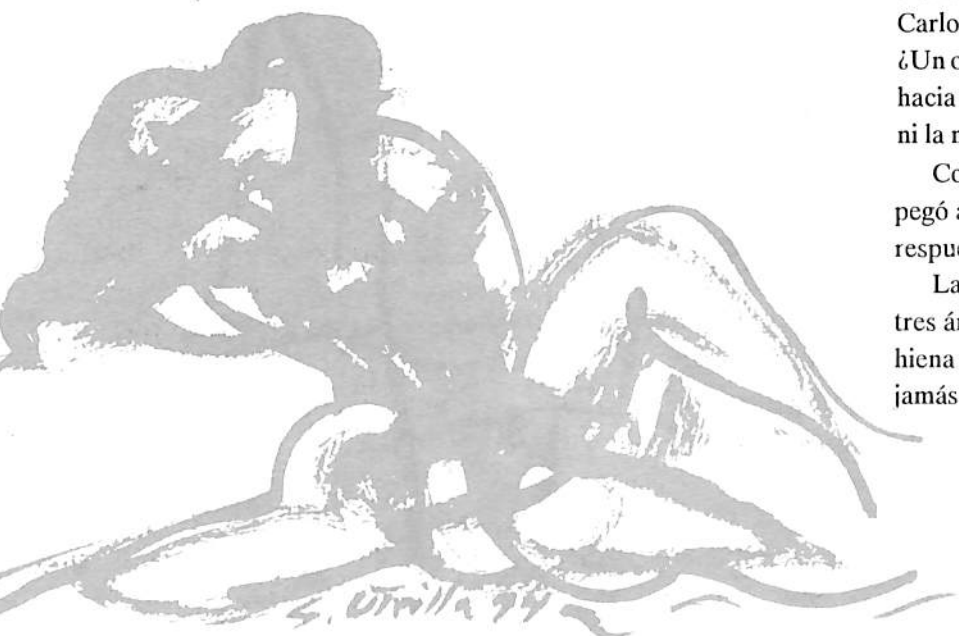
Dos espectros sorbían café en la mesa de la cocina sin hacerle caso.

–Aquí hay gato encerrado –murmuró Carlota escondiendo con el pie la cola de su bata.

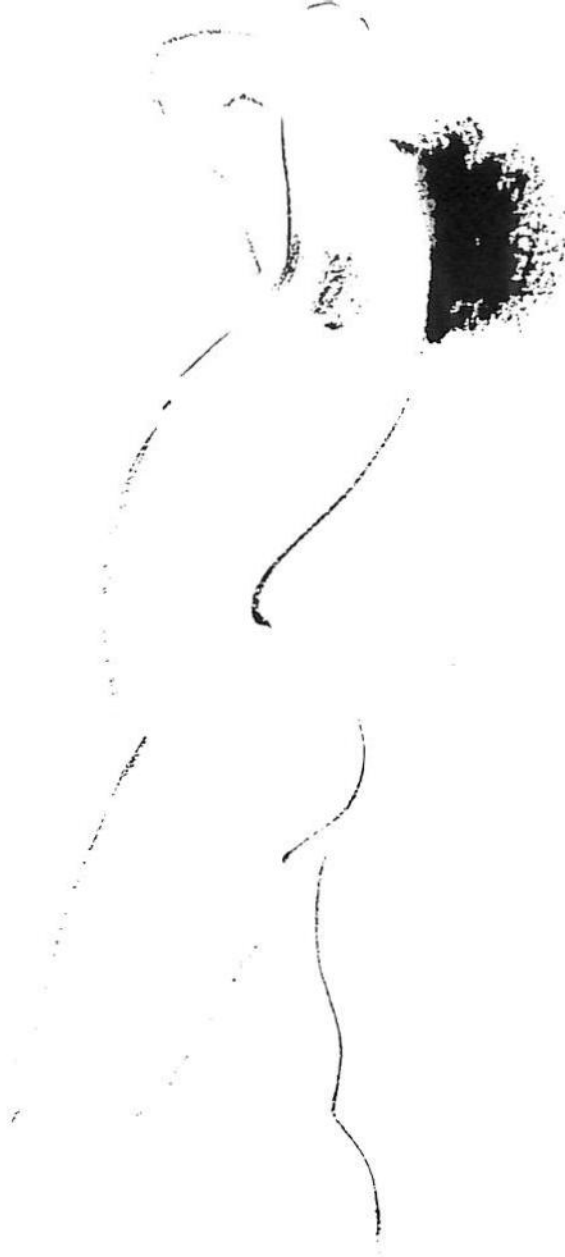
Corrió hasta su cuarto escarlata y se percató que había perdido uno de sus cuatro muros. Sucedian cosas extrañas. A ver, meditó. ¿Cuándo empezó todo? Cuando me confesé que yo no podía ser Carlota. Entonces estalló la cosa como una piedra que salta un ojo. ¿Un ojo? ¿Por qué un ojo? ¡Será la segunda pista! Dio otra carrerita hacia el espejo. Vaya, tengo los dos todavía, aunque no pueda verme ni la nariz ni la boca. En realidad no olfateaba ni su propia cabeza.

Con las dos manos apresó a sus ojos volátiles y con cuidado los pegó al vidrio de la ventana. Es posible que en el jardín se halle la respuesta, les previno.

La noche era clara. Los pájaros echaban raíces bajo la tierra y tres árboles se desplazaban en un largo vuelo verde. Una pequeña hiena clamó llorando por su risa. Es decir, lo de siempre: afuera jamás ocurría nada.



Delfina Careaga. Escritora. Autora de *Muñeca vestida de azul*, *Del tiempo y otros fantasmas* (cuentos) y de la novela *Alquimia*. Ha obtenido, entre otros premios, el Ariel de Plata por el guión cinematográfico *La tía Alejandra* y el Premio Nacional de Teatro "Emilio Carballido" (1985).



Regresó al piano. Para variar tocaré una sonatina. La música empezó a escurrir por todas partes. Era dulce. Sus sostenidos: suaves, incitantes; sus bemoles piadosos, y sus silencios estaban repletos de intenciones. Ella había recuperado su cara y su cabeza. La sonatina, translúcida, la envolvía por encima de su bata y la hacía llorar sin motivo.

Ay, Carlota, ¿dónde te quedaste tan fuera de ti, tan lejos?

Para empeorar las cosas, la agresión de un viento furioso des-
cuartizó varias nubes, que estallaron desconsoladas en lluvia. En ese momento ella volvía la vista hacia un mosco que zumbaba atentamente en la oreja de Beethoven-estatuita, arriba del piano. Sí, sí, claro que se encontraba, sí pero se encontraba perdida!

Se desplomó en el sofá de blandos patos color crema y se arropó con sus plumas. Se sentía agotada, agotada aunque no goteara agua sino polvo, millones de partículas de polvo.

El fantasma ex amante flotaba alrededor de la gran "araña" de la sala, soñoliento. Cantaba casi en sueños una melodía que oyó en el otro mundo:

Al final del concierto
hay un violonchelo
que ha perdido el recuerdo de la música
con sus cuerdas bucales.

La tarde se despide con
un collar de oro,
entre el sonido agónico
de un instrumento mudo.
Al final del concierto
la noche empieza sin aplausos.

Ella suspiró con un batir de alas interiores.

Bañándose las piernas metidas hasta las rodillas en la tina de pies que había mandado excavar junto a su cama, Carlota suspiró. Como siempre, del suspiro salieron volando millares de luciérnagas que llenaron el cuarto de polvo de diamantes.

—Nunca podré resolver el problema. Es sumamente complicado para desentrañarlo a estas horas. No hay suficiente luz natural —reprochó mirando a los insectos.

Lo que ocurría era sencillo al menos de explicar: Carlota, al cuestionarse su identidad, dejó una pequeña rendija y el Misterio —siempre entrometido— se había colado por ahí para confundir las dimensiones de tiempo y espacio. Y hasta aquí la información porque nadie jamás volvería a saber nada al respecto.

Después de aceptar lo inevitable dejó que suavemente el sueño empujara su cabeza hacia la almohada. Era un sueño pesado, violeta, denso, con algunos desgarramientos azules y rojos como una puesta de sol en el mar. Carlota cedió a las olas que terminaron por empujarle las piernas mojadas hasta subirlas a la colcha. Todavía se dio cuenta de cuán frío se encontraba su cuerpo y la forma desmesurada en que la casa dio una brusca voltereta para colocarse patas arriba. Su mente quiso pensar, pero no pudo, porque en ese instante el tiempo rodaba muchos años atrás, (¿o hacia adelante?) y se detuvo en el momento de su muerte en otra vida.

—Es por demás. Todo ha terminado —dijo el doctor al hombre de pelo cano, alto y robusto que lloraba en silencio y de pie ante la cama de su amada Carlota; en su abrigo de pieles aparecían pegados los copos de nieve. El y el médico habían llegado corriendo hacia unos minutos.

—Demasiado tarde. Lo siento. Fue pulmonía fulminante.

El hombre la vio con sus ojos húmedos: ella tenía un lindo color morado de asfixia, muy parejito. Luego, él volvió su mirada triste hacia el piano.

Fue sólo un chispazo de la memoria que se había quedado pegada a una de las hendiduras del universo; un chispazo trémulo, fragilísimo, el cual quedó en tinieblas un poco más tarde dentro de la cabeza de Carlota.

En ese instante ella despertó y se sintió incómoda puesta de cabeza, por lo que alzó los brazos hasta tocar el techo, mejor dicho el suelo de su recámara y así, con esfuerzo, hizo rodar la casa hasta colocarla otra vez al derecho. Entonces volvió a saberse sana y salva de toda preocupación morada.

Corrió al espejo: allí se miró de nuevo blanca, insubstancial, niveamente bella, intemporalmente sonriente. ¡Qué felicidad experimentó al darse cuenta que había penetrado el Misterio simplemente dándose por vencida! A su espalda soñaban su cotidiano insomnio los doce fantasmas debajo de sus camitas de pelo de ángel. Por la ventana seguían paseando tomadas de la mano las rojas nubes y los noctámbulos arbustos. Todo resultó como siempre solía suceder; un sueño absurdo del cual nada recordaba. Sólo se le había quedado dentro una espinita de insatisfacción y una inquietud apenas del tamaño de una lenteja: ipshhh!, cualquier nadería fácil de remediar.

Se acercó más hacia sí misma a través del espejo y vio, en el reflejo verde de su ojo izquierdo, un signo de interrogación. Sin pensarlo volvió a preguntarse:

—¿Carlota será mi verdadero nombre?, porque yo no me parezco a la amiga que tuve en la escuela, a la que sí le quedaba muy bien el Carlota... ¡Bah, qué tonterías se me ocurren! —dijo al tiempo que se zafa ese ojo, le cierra el párpado y lo acuesta junto a los fantasmas.

—¡A dormir! —lo conminó enérgicamente.

Entonces se desatornilló las manos, las puso sobre el teclado del piano y después de sentarse mullidamente sobre los patos color crema, ordenó a los dedos su nocturno favorito. ¡Por Dios, ella no era de las que se complican la vida por no recordar un nombre!